

HUMANISMO E IMAGINACION CREADORA

JACOBO KOGAN

“La crueldad ordinaria es meramente estupidez.
Es la carencia completa de imaginación”.

Oscar Wilde

Sería una tarea interesante para los sociólogos e historiadores aficionados a las estadísticas determinar qué es lo que ha contribuido a la perpetración de mayor número de crímenes contra la humanidad, si el desencadenamiento de los instintos o el fanatismo ciego de las ideas. El hombre, se dice desde antiguo, es un ser racional, lo cual no es sino una tautología cuando se entiende por razón el conjunto de las facultades superiores del hombre, como los sentimientos elevados, la imaginación y la inteligencia comprensiva; pero quienes identifican la racionalidad con el manejo de los conceptos abstractos y el simbolismo de las ciencias, pasan por alto una lección que acaba de brindarnos la historia reciente de Europa, en que buena parte de la humanidad fue científica y sistemáticamente aniquila por un despliegue de la más brutal inhumanidad.

Por cierto que no hay hombre sin razón, pero ha de ser razón anclada en la vida, y al servicio de una vida digna de ser vivida, una razón alimentada por los sentimientos y acompañada de imaginación, punto de arranque del pensar concreto y base de la conciencia. Whitehead distingue dos clases de razón: la de los zorros y la de los dioses, la que se interesa por los métodos de acción y la que persigue una comprensión sin limitaciones; los griegos nos legaron, agrega, esta dicotomía personificada en dos figuras: Ulises y Platón ⁽¹⁾. En su aspecto técnico, ha observado también, como es bien sabido, Scheler, la inteligencia de un Edison sólo se diferencia en grado de la de un mono; no es la inteligencia práctica, pues, lo que define lo humano, aunque llegue a ser la más compleja máquina de calcular.

Sin embargo, la razón práctica o técnica no nos aleja tanto de lo humano como la razón abstracta, absorbida enteramente por ideas desvinculadas de la realidad viviente. Hay así dos extremos en que desaparece lo específicamente humano:

(1) “The Function of Reason”, Beacon Press, Boston, 1958, ps. 10-11.

antes del surgimiento de la conciencia, en el instinto puro del animal, y con el eclipse ulterior de la conciencia concreta de la vida, en el pensador sin imaginación insensibilizado y esterilizado por completo a los afectos. La vida afectiva es de por sí insuficiente aun para realizar la plenitud humana, pues cuando se da sin conciencia, puede conducir a las mayores aberraciones. La conciencia nace y se desarrolla junto con la imaginación, y sin ésta no hay ni humanidad ni la capacidad creadora propia de lo humano en ningún terreno de la cultura, científico, artístico, filosófico o moral.

Cuando Martín Fierro cae prisionero en las tolderías de los indios, decía una vez Borges, se nos descubre la diferencia radical que media entre una civilización injusta y el salvajismo: mientras se veía perseguido y maltratado por sus prójimos, Martín Fierro podía discutir y protestar, lamentarse y abrigar esperanzas; pero entre los indios ya no cabían quejas ni protestas, ni siquiera indignación, pues era el reinado de la brutalidad pura. Podemos imaginarnos en el polo opuesto a un robot mecánico que en el porvenir va a sustituir a los peones de la ciencia, tan inaccesible a los sentimientos como el primitivo, y se nos tornará evidente que los científicos que hoy acarician el ideal de un mecanismo de precisión perfecto en sus ocupaciones están expuestos a convertirse en seres tan inhumanos como las máquinas, aun cuando conserven la sensibilidad y las emociones elementales del hombre, pues abdicar de la imaginación empobrece también su conciencia y ya no son dueños de sus propios sentimientos, ni son capaces de discernir los valores auténticos de la humanidad.

Nos hemos referido deliberadamente a los "peones" de la ciencia, esto es a los que se aplican a utilizar los métodos y ejercen las tareas científicas repudiando la imaginación, puesto que los hombres de ciencia en el sentido cabal de la palabra, los investigadores y los descubridores, necesitan tanto de la imaginación humana como los artistas. "La ciencia es una actividad creadora — dice Bernardo Cohen — y un historiador de la ciencia está naturalmente interesado en sus creadores... el astrónomo es tan significativo como las galaxias que explora".⁽²⁾

El que trata de tomar clara conciencia de la actividad del científico, como es el historiador de la ciencia, encuentra que el verdadero descubridor emplea la imaginación, y que no se percibe el sentido de la ciencia si se desatiende al hombre que en ella es productivo. La ciencia no es, pues, ciertamente, un peligro para nadie, todo lo contrario; el peligro lo representan quienes se anquilosan en la rutina científica y pretenden que se tome como medio del saber la mente mecanizada.

La primera desviación estriba en un repudio total de la imaginación con el pretexto de que perturba la "claridad y distinción de las ideas", o que impide obtener significaciones netamente definidas. Ahora bien, dada la complejidad y riqueza de la experiencia humana en vida concreta, los términos sólo pueden ser claramente definidos efectuando abstracciones; el rechazo de la imaginación conduce a la vacuidad de los conceptos y, si esto no se tiene en cuenta, a una deshumanización de la inteligencia.

(2) I. Bernard Cohen: "La imaginación humana y la naturaleza", en *Fronteras del Conocimiento*, Eduba, p. 154.

“Experimentamos, dice Whitehead, el universo, y analizamos en nuestra conciencia una diminuta selección de sus detalles”⁽³⁾. Aun estos detalles son reducidos por el científico a hechos escuetos o a un registro de datos, de los que no le importa buscar explicación porque se puede caer en imprecisiones; pero si los verdaderos hombres de ciencia siguieran tal criterio, aún estaríamos en la edad de piedra: “Supongamos que hace cien mil años nuestros antepasados hubiesen sido sabios positivistas. Ellos no hubieran buscado razones; hubieran observado los puros hechos sin proponerse ver en ellos el desarrollo de algo necesario. No habrían buscado ninguna razón debajo de los hechos observados inmediatamente. La civilización nunca se hubiera desarrollado”⁽⁴⁾.

La razón con el auxilio de la imaginación va descubriendo el mundo y al hombre, tanto en lo teórico como en lo práctico. Es preciso dejar de lado la prevención enteramente injustificada que equipara imaginación con ficción. La ficción y el ensueño manejan cosas tomadas de la memoria, barajándolas según los deseos o el capricho en un plano irreal; en cambio la imaginación es indiferente con respecto a lo real y lo irreal, o a lo sumo, como ocurre en una teoría defendida por Sartre, consiste en una negación de lo real a partir siempre de una situación concreta, es decir, indisoluble de lo vivido. Imaginar es un acto constitutivo de la inteligencia, el primer paso del comprender, el punto de arranque de la conciencia, y es tan poco adecuado afirmar que es irreal lo imaginario como sostener que son irreales las significaciones del lenguaje; pertenecen simplemente a otra dimensión, pero en correspondencia con la realidad a que remite. Y mientras que la ficción es un abandono deliberado de la conciencia de la realidad, el pensar mecánico, sin el concurso de la imaginación, es una pérdida de conciencia no advertida.

El tránsito de lo vivido a lo pensado no se efectúa directamente, sino a través de la imagen; recién sobre la configuración de imágenes puede comenzar sus operaciones enlazadoras el intelecto. Desde Kant sabemos que la imaginación es una facultad cognoscitiva, que se sitúa entre la sensibilidad y los conceptos; las categorías del entendimiento son vacías sin su ilustración en la experiencia, y esta ilustración se verifica a través de los esquemas de la imaginación trascendental: no vemos la categoría de sustancia, por ejemplo, inmediatamente en las cosas, sino por medio de un esquema imaginado de un algo que permanece en el tiempo a pesar de que varían sus cualidades; este esquema nos permite pensar como idéntica a una persona o a una cosa no obstante presentársenos diferente en circunstancias diversas. Sin la imaginación los conceptos sólo forman una constelación de abstracciones insuficientes para que se afirme una conciencia, pues no constituye un saber de nada, sino un operar en el vacío, y sólo hay conciencia de algo o de ideas referidas a algo existente.

Sin la imaginación sólo hay estrechez mental: o imperio incoercible de los impulsos, o manipulación autística de abstracciones, o un apego total a los hechos sin la toma de distancia requerida para abarcarlos comprensivamente.

(3) “Modos de pensamiento”, Losada, Buenos Aires, p. 106.

(4) Whitehead: “Naturaleza y vida”, Buenos Aires, Fac. de Filosofía y Letras, p. 12.

“La estupidez suma y el entendimiento más sublime, escribió Schiller, tienen cierta afinidad en el hecho de que ambos buscan tan sólo lo real y son enteramente insensibles a la mera apariencia (la imaginación). La primera, para salir de su pacífica quietud necesita la presencia inmediata de un objeto ante los sentidos; el segundo halla la paz en la mente sólo cuando ha logrado referir sus conceptos a hechos de la experiencia; en una palabra: la estupidez suma no puede elevarse sobre la realidad, y el entendimiento no puede permanecer bajo la verdad. Lo que en la primera efectúa la falta de imaginación, efectúalo en el segundo el absoluto dominio de la misma. En tanto, pues, que la exigencia de realidad y la adhesión a lo real son meras consecuencias del defecto de imaginación, resultan la indiferencia hacia la realidad y el interés por la apariencia una verdadera amplificación de lo humano y un progreso decidido hacia la cultura. Es ante todo, un testimonio de la libertad exterior, pues mientras impera la primera y apremia la necesidad, está la imaginación atada a lo real con cadenas muy prietas, y sólo cuando la necesidad ha sido satisfecha desenvuelve la imaginación su libre poderío. Pero es también un testimonio de la libertad interior, porque nos deja entrever una fuerza que se pone en movimiento por sí misma, independientemente de una materia exterior, y posee la energía suficiente para contener y mantener alejada la materia asaltante. La realidad de las cosas es obra de las cosas; la apariencia de las cosas es obra del hombre, y un espíritu que se alimenta de apariencia no se regocija ya en lo que recibe, sino en su propio acto” (5).

Hemos citado in extenso a Schiller porque sería difícil expresar estas ideas mejor. La apariencia de las cosas es obra del hombre, su propio acto, y sin esta actividad de su conciencia es vano querer comprenderlo en su esencialidad: se lo reduce o bien a una bestia que aún carece de imaginación, o a un pensar abstracto, que se ha despojado de ella. Schiller aclara de inmediato que “se trata aquí de la apariencia estética, que se distingue de la realidad y de la verdad (esto es, de la esfera de la conciencia); no de la apariencia lógica, que se confunde con la verdad y realidad; por consiguiente, se ama porque es apariencia y no porque se considera algo mejor. Sólo la primera es juego, que la última es engaño”. La imaginación no es así algo ficticio que sustituya a lo real, o que pretenda ser lo verdaderamente real, sino algo que el hombre ve claramente como algo por él creado, como una actividad libre de la conciencia, y es esto lo que Schiller designa como juego. La estupidez animal no puede elevarse sobre la realidad, está atada invenciblemente a ella, no la puede elevar a la conciencia; el entendimiento sublime, como Schiller califica al puro pensamiento, no puede permanecer bajo la verdad, esto es, sin poder desvincularse de los hechos, por lo que tampoco logra nunca un saber de sí mismo como conciencia independiente; y por no acceder el primero a la conciencia y no atender a ella el segundo, ninguno de los dos alcanza la libertad del espíritu que caracteriza la plenitud humana.

La ausencia de esta plenitud, debido a la falta de imaginación, repercute fatalmente en las relaciones interhumanas. La razón pragmática de los zorros,

(5) “Cartas sobre la educación estética del hombre”, trad. de García Morente, Carta N° XXV.

no es ni con mucho tan dañina como la razón desprovista totalmente de la facultad imaginativa. Porque la inteligencia práctica aplica aún ampliamente la imaginación en la persecución de sus propósitos, por egoístas que sean, y conserva por ello una buena dosis de sensibilidad; mientras que la otra, que deja de lado totalmente aquella facultad, restringe el campo de la conciencia y es capaz de los más implacables hechos.

Son limitadas las posibilidades de goce del hombre, por lo que los impulsos naturales más potentes no tardan en saciarse y los placeres más refinados que puede inventar la fantasía se agotan pronto. Lo que constituye un tonel sin fondo o un afán ilimitado de logros ilusorios tiene su origen en las ideas fijas que ya no satisfacen ninguna necesidad real, ni causan ningún sentimiento de placer genuino, si no es el morbo del delirio, como son el ansia ahorrativa del avaro, o el empeño obstinado y vesánico de ir acumulando más y más riquezas que jamás se podrían convertir en goces de quienes no saben qué hacer con sus fortunas, o el afán de poder, o la pretensión demente de imponer a los demás, por la fuerza, beneficios que no se quieren. En tales casos, uno puede dejar morir de hambre a sus semejantes con tal de conservar intacto su caudal, o extenuarse en los esfuerzos por obtener lo que no necesita, o cometer los mayores crímenes para que reine el Estado ideal o la verdadera religión sobre la tierra. Es lo que ocurre cuando el hombre ha perdido la conexión entre el pensamiento abstracto y el vivir concreto, que establece y mantiene la imaginación, cuando el hombre pierde conciencia del sentido real de sus ideas; y entonces, colocado en el contrapolo del impulso animal, actúa sin embargo con la misma inconciencia, con la eficacia ciega e implacable de un mecanismo, efecto de la ausencia total de la imaginación ilustradora de las consecuencias del acto, del acompañamiento de la conciencia.

Porque conciencia implica siempre referencia, intencionalidad, y el primer objeto intencional no es la esencia, como parecía creer Husserl, sino la imagen como lo ha destacado especialmente Collingwood, y aun algo anterior a la imagen: según Whitehead la experiencia primordial la constituye un sentimiento de totalidad y el pasado inmediatamente anterior vivido. En rigor Husserl presupone ya la imagen sobre la cual se configura la esencia, pero estima que la actividad de la conciencia comienza con la nósis. Como quiera que sea, es la imagen un dato primario de la vida consciente, ya que tenemos conciencia de formas y de sentimientos que aún carecen de nombre para designarlos. Y separar enteramente la esencia de la imagen es un artificio también para Husserl, pues implicaría anular la intencionalidad de la conciencia.

Aislado el intelecto de la imagen, se lanza a trabajar en el vacío o se pone al servicio de alguna variedad de los delirios. En el terreno de las relaciones con los demás, la mente desprovista de la imaginación ya no tiene sentido lo que es un ser humano viviente, pues se halla simultáneamente desconectada de los sentimientos reales. Cualquier idea puede entonces convertirse en delirio.

Es lo que ocurre también cuando la imaginación es subyugada por una teoría, esto es, cuando en vez de ser ésta la base de la doctrina, se la convierte en sierva de una doctrina rígida, dogmática. La imaginación no actúa entonces en su función específica de mantener la inteligencia en vinculación con la

realidad viva, que es en lo que consiste la intencionalidad de la conciencia, sino que es sometida y manejada por el prejuicio del dogma, ideológico, científico o religioso. Es entonces cuando la teoría deforma los hechos para que se adecúen a ella, y los dogmas se convierten en ideas fijas. La mecanización de la mente desprovista de la imaginación produce maniáticos y especialistas en *inhumanidades*, lleva a la inconsciencia de lo que es la vida y los sentimientos, engendra los seres más peligrosos para la coexistencia normal entre los hombres. “Sabemos, señaló también Schiller, que la sensibilidad del ánimo depende, en grado y extensión, de la vivacidad y la riqueza o exuberancia de la fantasía. Ahora bien: la preponderancia de la facultad analítica tiene que privar forzosamente a la imaginación de su fuerza y de su fuego; y, por otra parte, limitar la esfera de los objetos equivale a empobrecer la fantasía. Así, el pensador abstracto tiene un corazón frío, por la costumbre de analizar las impresiones que conmueven el alma en un todo conjunto; y el profesional, por su parte, suele tener un corazón estrecho, porque su imaginación, recluida en el círculo uniforme de la especialidad, no puede extenderse a otras formas representativas”.⁽⁶⁾

Pero la estrechez mental y la dureza y estrechez de corazón no son aún las únicas taras que deshumanizan por falta de imaginación; ésta viene acompañada aún de otra insuficiencia acaso todavía más grave, y es que lleva aparejado un estancamiento y por ende también el retroceso de la condición humana.

Constituye un rasgo esencial que distingue la existencia humana de la del animal el que el hombre no se limita a reproducir un tipo uniforme moldeado de una vez para siempre por la especie, sino que en razón de las exigencias y posibilidades siempre abiertas de la vida consciente, se dirige siempre hacia el porvenir y hacia la creación de nuevas formas de existencia. “El fundamento de toda comprensión de la teoría social — es decir, de toda comprensión de la vida humana — es que no es posible un mantenimiento estático de la perfección, axioma que está arraigado en la naturaleza misma de las cosas”, dice Whitehead; y agrega: “A la humanidad sólo se le ofrece, para elegir, El Avance, o la Decadencia, siendo el conservadorismo puro contrario a la esencia misma del universo”⁽⁷⁾.

Ahora bien, sin imaginación el hombre carece simplemente de un horizonte para el progreso: repite formas hechas y dadas, y en la incapacidad de ampliar su vida, como lo requiere la imaginación y la conciencia, por la creación de nuevas fuentes de goce y alegría, se complace en refrenar el movimiento hacia adelante de los demás y en destruir la felicidad ajena. Un individuo que no tiende a la realización de algún valor ético, estético, científico o social se convierte en una rémora para la evolución de la comunidad humana. Por eso no creemos exagerada la siguiente declaración de Gastón Bachelard, que ha escrito obras admirables sobre la imaginación y su importancia para la calidad humana:

(6) Op. cit., Carta VI.

(7) “Aventuras de ideas”, Parte Cuarta, Cap. XIX, 2.

“La imaginación no es, como lo sugiere la etimología, la facultad de formar imágenes de la realidad; es la facultad de formar imágenes que sobrepasan la realidad, que cantan la realidad. Es la facultad de sobrehumanidad. Un hombre es un hombre en la medida en que es superhombre. Se debe definir al hombre por el conjunto de las tendencias que lo impulsan a sobrepasar la humana condición” (8).

En resumen: Lo que define lo humano como tal no es tanto la razón como la conciencia de sí y de la facultad pensante. Pero la conciencia sólo es posible con el concurso de la imaginación, que da forma a las sensaciones y a los sentimientos, entre los que luego establece relaciones el intelecto. La imaginación es mucho más vasta que la percepción, pues ésta sólo se refiere directamente a lo dado, a los datos de los sentidos, y no conoce otra realidad que la del momento presente, siendo completada siempre por la imaginación, es su función de recuerdo y de saber preconceptual. Desligada de la imaginación la mente actúa en el vacío, sin contacto con la vida concreta, y cuando se trata de la relación del hombre con sus semejantes, aparece privado de los sentimientos elementales que posibilitan la convivencia, de la comprensión del prójimo y de los males que pueden derivar como consecuencia de sus actos; la ausencia de imaginación es así un peligro porque destruye la simpatía social.

La conciencia misma queda oscurecida al perder su plenitud intencional, el intelecto funciona sin referencia a la vida, y el hombre se transforma en un robot impasible que enlaza mecánicamente proposiciones, símbolos y teorías. Como la imaginación es además indispensable para cualquier mejoramiento de la condición humana, y aún para que el hombre vaya cumpliendo su destino específico de ampliar cada vez más el dominio de la conciencia, abdicar de ella implica un estancamiento y un retroceso, una limitación y un entorpecimiento del desarrollo de la condición humana. Estrechez mental, dureza y estrechez de corazón, insociabilidad y retrogradación del hombre, son las consecuencias de no conceder a la imaginación el lugar importante que le corresponde en la educación y en la vida.

(8) “L’Eau et les Rêves”, p. 23-24.